

HABITACIÓN EN BLANCO

Estela Leñero Franco

En 1990 esta obra obtuvo el
Premio Nacional Obra de Teatro que otorga el INBA

Fue publicada por ediciones el Milagro en 1994

Para llevarla a escena comunicarse a: estelateatro@gmail.com

HABITACIÓN EN BLANCO

De Estela Leñero Franco

Personajes

ROMÁN

MANUEL

MUJER

Espacio escénico

Una estancia amplia de un departamento vacío. Únicamente hay una mesa y dos sillas blancas. Sobre la mesa, tubos de óleo abiertos, pinceles, lápices y cuadernos.

En la pared una pintura abstracta con trazos a color y sin terminar.

Una puerta que conduce a la cocina y otra al exterior.

Varias ventanas por donde se filtra mucha luz.

HABITACIÓN EN BLANCO

Acto único

Román se encuentra sentado frente a una pared, de espaldas al espectador. Pinta cuidadosamente un cuadro abstracto y utiliza la pared como lienzo. Tiene cerca la mesa blanca con tubos de óleo abiertos, aguarrás, pinceles, lápices, cuadernos, etc. El piso está protegido con periódicos mojados por el aguarrás. Román se acerca y se aleja de la pared que pinta; se levanta y se sienta. Pinta a ratos. Cuando Román está en un arranque de inspiración, suena el teléfono. Román no lo escucha. Tras varios timbrazos percibe el timbre pero no puede dejar su pintura. Cuando por fin va a contestar, el teléfono deja de sonar. Molesto, Román vuelve a su trabajo. Pinta. Intenta recuperar la concentración pero no lo logra. Impulsivamente imprime con un pincel un trazo fuerte y en seguida se arrepiente. Trata de ocultarlo. Revisa el trazo de cerca y minuciosamente lo retoca, lo debilita. Se sienta a observarlo de lejos. Se tranquiliza. Pausa inmóvil. Se levanta a corregir el trazo. Delicadamente trabaja sobre él. Se abstrae. Se escuchan ruidos detrás de la puerta que da al exterior, pero Román no los percibe. Se abre la puerta y entra Manuel. Carga un portafolios que casi parece maletín. Sonríe. Mira maravillado sin que su campo de visión alcance a Román. Exclama un ¡ohhh! que poco a poco se transforma en un sonido que manifiesta un mareo. Ahora es cuando Román voltea sorprendido. Por primera vez se le ve el rostro: tiene una cicatriz en la mejilla. Mira atónito a Manuel. Manuel se sienta sobre su portafolios y se sujeta la cabeza. Román se apresura a cerrar la puerta y recoge las llaves con las que abrió Manuel. Rodea a Manuel con pincel en mano.

ROMÁN: No sabía que te iban a dar las llaves. (*Manuel permanece estático en su posición. Román se le acerca y golpea un poco el portafolios.*) Ni que ibas a llegar hoy. (*Se retira ligeramente y toca el hombro de Manuel. Manuel no reacciona.*) ¡Oye!, ¡oye tú! ¿Oyes?

Pausa.

Manuel: (*Levanta la cara lentamente y habla tiempo después.*) ¿Qué? ¿Dónde estoy?

ROMÁN: Aquí.

MANUEL: Ah, sí, aquí. Abrí la puerta, ¿y luego?

ROMÁN: Acabas de llegar.

MANUEL: ¿Ha pasado mucho tiempo?

ROMÁN: No sabía que te iban a dar las llaves.

MANUEL: Yo no esperé encontrármelo todavía aquí.

ROMÁN: ¿Qué querías, tener toda la casa para ti?

MANUEL: No importa, está bien, quédese. Hoy es el día de la preparación. Mañana viene lo bueno.

ROMÁN: ¿Por qué no de una vez?

MANUEL: Quedamos mañana.

Transición. Manuel se incorpora. Se despeja. Acomoda su vestir. Román va a poner discretamente el seguro a la puerta de la cocina. Manuel le extiende la mano. Román se acerca presuroso y le da la mano en silencio.

MANUEL: Disculpe usted. Tengo este problema que por lo general me viene cuando hay algo que me impresiona, y como es la primera vez que me encuentro en estas circunstancias...

ROMÁN: (*Exclama harto.*) ¿Es su primera vez?

Manuel: (*Sorprendido.*) Sí, bueno, no sé usted por qué me lo pregunta.

ROMÁN: Si estás aquí es porque somos de la misma raza. Tranquilízate, yo no acostumbro hacer novatadas. (*Se dirige a su pintura.*) ¡Qué lata, sólo esto me faltaba! Con permiso, tengo que terminar este trabajo.

MANUEL: ¿Éste es su trabajo?

ROMÁN: No sólo, pero éste es el que me importa.

Durante un tiempo Román pinta y Manuel lo observa mientras juega a enrollar y desenrollar una cinta métrica.

MANUEL: Me gusta conocer gente diferente. Los de mi trabajo me aburren. Siempre están en lo mismo: que si la torta y el oficio y las fotocopias y las escapadas y las guerras que organizan. Ellos también se hartan y les encantan las burlas. (*Román lo mira incómodo y Manuel se aleja un poco de él.*) Imagínese cómo me traen con mi enfermedad. Aunque para mí sus burlas son invisibles porque nunca sé cuándo me va a dar y me doy cuenta que me dio cuando ya se fue. En una oficina sólo eres lo que se ve, ¿no le parece ridículo?

ROMÁN: En las calles también.

MANUEL: En las calles es el peor lugar porque ahí sí, cuando abro los ojos, no reconozco a nadie. Los doctores no saben muy bien qué tengo. Dicen que son ausencias.

ROMÁN: (*Le hace gracia.*) ¿Ausencias?

MANUEL: Sí, ausencias.

ROMÁN: ¿Ausencias de qué?

MANUEL: De ausentarse, de irse. (*Coloca su silla cerca de Román.*) Dicen que me voy, pero no me voy. Me quedo, pero lo que no sé es de qué se llena mi cabeza en ese tiempo.

ROMÁN: La ausencia de color es cuando se juntan todos los colores.

MANUEL: A lo mejor lo que tengo en mi cabeza son colores.

ROMÁN: No lo creo en absoluto.

MANUEL: ¿Por qué no? Me gusta la idea.

ROMÁN: No, porque entonces serías pintor. ¿Te quieres hacer un poco más para allá?

Manuel: (*Lo hace.*) La pregunta que me hago siempre es qué sucede en el momento en que estoy pero no estoy, en que despierto sin estar dormido. Tiene sus ventajas porque cada vez es como si empezara de nuevo. (*Pausa.*) Pero no, es impráctica, estúpida, ¡es una pendejada!

ROMÁN: (*Impaciente.*) ¡¿Por qué no vas a arreglar tus problemas a otra parte, eh?!

MANUEL: Porque estoy aquí.

ROMÁN: ¿Y le cuentas al primer gato que te encuentras tus problemas?

MANUEL: ¿Qué tal si en una de esas me dicen una respuesta?

ROMÁN: Yo no te la voy a dar porque ni la sé ni me importa.

MANUEL: Pues eso de los colores suena...

ROMÁN: (*Suspende su actividad.*) Estaría bien que te fueras a dar una vuelta para que te dé el aire, ¿no crees? Tú no tienes prisa, pero a mí me urge acabar este cuadro. Puedo hablar mientras pinto, pero ahorita ¡tengo un problema con este trazo! ¿Lo ves? ¡Horrible, horroroso!

Manuel: (*Mira de cerca el trazo que le señaló Román.*) ¿Qué tiene?

ROMÁN: Es mi problema.

Manuel: (*Sin dejar de ver el cuadro.*) No puedo irme, estoy esperando una llamada.

ROMÁN: ¿Te van a llamar? ¿Pero para qué, si ya estamos aquí? (*Va a la mesa a preparar una mezcla de color.*) ¡Pinches novatos, no pueden mover un dedo solos!

Mientras Román habla Manuel toca el trazo.

MANUEL: Todavía está fresco.

ROMÁN: Obvio, lo acabo de hacer... No te acerques tanto, así no se ve la pintura.

MANUEL: Es que de lejos como que el rojo se me viene encima.

ROMÁN: (*Sorprendido por el comentario.*) Ése es el asunto, eso es lo que tengo que arreglar. Se me pasó la mano de rojo por querer dar un movimiento de acercamiento, y lo peor del caso es que los azules que están junto lo acentúan.

MANUEL: Uy, pero no se comparan con el rojo.

ROMÁN: El azul fuerte hace retroceder la superficie y el azul opaco suaviza el movimiento... entonces el rojo, ese rojo... ¿qué voy a hacer con ese rojo? Y además ahí, en ese lugar... ¿cómo lo fui a hacer en ese lugar? *(Intempestivamente va hacia el cuadro y trabaja con el rojo.)* Para abajo, jálate para abajo... y más oscuro... así... así. *(Pinta.)*

*Manuel se va alejando de Román poco a poco y lo deja trabajar solo.
Pausa.*

MANUEL: Creo que no es por ahí.

Román pinta intensamente. Se desploma en su silla, agotado por la tensión, y observa el cuadro.

ROMÁN: Demasiado abajo. Ahora quedó demasiado abajo y todo se carga para la derecha. Y en la parte de arriba no pasa nada, ¿verdad...? ¿Verdad?

Manuel: *(Dudoso.)* Sí.

ROMÁN: *(Molesto.)* ¡Sí qué!

MANUEL: No sé.

ROMÁN: No debería de haber puesto el rojo sobre este azul; suena débil y sucio, como dice el maestro. El rojo sobre negro tiene mucha más fuerza vital.

MANUEL: Pero no hay negro.

ROMÁN: Por eso, en vez de haber puesto azul y blanco tenía que haber usado negro y rojo, pero el rojo me molesta, ni siquiera sé por qué lo puse. Y el negro, no sé, es que el negro, cómo voy a poner negro en este cuadro. No, negro no. *(Va a la mesa para poner negro a su paleta.)* ¿Cómo ves el negro?

MANUEL: El negro... tal vez, tal vez negro... o no.

*Sin haberlo escuchado, Román da unas pinceladas de negro sobre el azul.
Después observa.*

ROMÁN: Lo que quiero es debilitar al rojo.

MANUEL: Yo pensaba que el negro no.

ROMÁN: ¡Pues no, el negro tampoco!

Pausa. Román va a la mesa por un espejo y se sienta de espaldas al cuadro. Lo observa a distancia a través del espejo.

MANUEL: Eres raro. ¿Puedo hablarte de tú?

ROMÁN: Como quieras.

MANUEL: Tú me hablas de tú.

ROMÁN: Como quieras.

MANUEL: ¿Y tú cómo te llamas?

ROMÁN: Román.

MANUEL: ¿Román? Romano, como la zapatería.

ROMÁN: Mi apellido no es Román; me llamo Román.

MANUEL: Ah, pues sí. De todos modos se parece. (*Pausa.*) ¿Y para qué usas el espejo?

ROMÁN: Ahorita para que se me enfríe la cabeza, otras veces para que se me caliente.

Pausa.

MANUEL: Eres medio raro.

ROMÁN: Quién no.

MANUEL: Bueno, sí, todos somos raros. Y creemos que los demás son raros porque no se parecen a nosotros; aunque te diré que mucha gente diferente a mí no me parece rara. Yo, por ejemplo, yo no soy raro.

ROMÁN: Rarísimo.

MANUEL: ¿Yo soy raro? No, yo soy común y corriente. Lo único que tengo es lo de mis ausencias. ¿O sí soy raro...? Si para ti soy raro, entonces a lo mejor

todos somos comunes y corrientes y nadie es raro. Sí, eso es, todos somos comunes y corrientes aunque nos creamos muy originales.

ROMÁN: Magnífica conclusión.

MANUEL: No te creas, luego las cosas más obvias son las más importantes.

Román, sin haber prestado mucha atención a Manuel, deja el espejo y se restriega los ojos.

ROMÁN: ¡Pinche cuadro, tengo que dejar de verlo! Y de pensar en él, y de soñarlo.
¡Pero lo tengo que terminar hoy!

A Manuel le llama la atención la puerta de la cocina y se dirige a ella para abrirla. Román deja de restregarse los ojos y cuando ve claro se percata de la acción de Manuel. Se pone a gritar para distraer a Manuel y corre a colocarse enfrente de la puerta.

MANUEL: ¿Y ahora qué te pasa?

ROMÁN: Estoy desesperado.

MANUEL: No te imaginaba gritando.

ROMÁN: *(Trata de alejarlo de la puerta.)* Cuando tengo problemas me pongo así.

MANUEL: De primera impresión pareces tranquilo, aunque, ¿y eso?

ROMÁN: Un rasguño pronunciado.

MANUEL: De todos modos la primera impresión es la clave.

ROMÁN: ¿Crees en la primera impresión?

MANUEL: Claro.

ROMÁN: Son mentiras. Para saber de algo se necesitan muchas impresiones.

Román ha logrado que Manuel se siente y deje de interesarse por la puerta cerrada. Román va a su mesa, aliviado.

MANUEL: Yo sí creo en la primera impresión. Hasta es una técnica, ¿no crees? Los que leen el Tarot la usan. Creemos que nos están leyendo las cartas pero en verdad nos están leyendo las caras. Tal vez hasta usen la telepatía. ¿Crees en la telepatía?

ROMÁN: No soy supersticioso.

MANUEL: Los trucos de magia son pura telepatía.

ROMÁN: Ni los trucos de magia ni la telepatía sirven para trabajar. Sólo son ociosidades de los que no saben en qué ocupar su mente.

MANUEL: Pero imagínate que mientras pintas tu mente se conecta con ese maestro que dices y cuando estás en un apuro él te aconseja.

ROMÁN: (*Soñador.*) Imagínate... (*Reacciona.*) Pero no sabría qué estoy pintando. Lo que pinto no está en mi mente.

MANUEL: Cómo sabes. En la cabeza cabe todo y dos mentes pueden coincidir sin que estén en el mismo espacio, como en el amor, ¿no te ha pasado cuando estás enamorado?

ROMÁN: No estoy enamorado.

MANUEL: ¡¿No...?! Bueno, no importa, el caso es que todo lo que tú pienses el otro lo puede saber.

ROMÁN: Entonces tendría que pensar todo el cuadro y eso no sirve de nada porque un cuadro no se piensa, ¿cómo pensar en el espíritu del cuadro?

Román se pone a ver su cuadro de cerca y desde ahí habla sin esperar ser escuchado. Pausa.

MANUEL: ¿Crees en Dios?

ROMÁN: (*Después de un silencio.*) A veces.

MANUEL: A mí me gustaría creer, pero no creo. Y lo intento. Pienso que si creyera mis ausencias no serían ausencias, porque Dios estaría ahí y así a mí se me quitaría la angustia. Pero no puedo... En lo único que he llegado a creer es en el amor. (*Alza la voz.*) ¿Y siempre has creído?

ROMÁN: (*Sale de su ensimismamiento.*) ¿Eh?

MANUEL: ¿Siempre has creído?

ROMÁN: Desde que pinto.

MANUEL: ¿Desde cuándo pintas?

ROMÁN: Desde que me pasó lo de la cara. (*Se acerca a Manuel.*)

MANUEL: ¿Qué fue?

ROMÁN: ¿Te pone nervioso?

Manuel: (*Ante la cercanía de Román.*) ¿A mí?, no. Todos tenemos cicatrices, y más a nuestra edad. (*Se levanta el pantalón y le muestra la pantorrilla.*) Yo tengo una aquí, ¿la ves? Fue la primera vez que se me fue el avión. Andaba en bicicleta; seis puntos. De ahí pa'l real ni bicicleta ni manejar ni andar solo. (*Se levanta un poco la camisa y le enseña la espalda.*) Ésta fue de una operación bien peligrosa; es grande, ¿verdad? Tócala, mira. (*Lo obliga a que toque.*) Con ésta casi me muero; y solo. Y aquí (*busca en la cabeza varias cicatrices*) y aquí y aquí. Son chiquitas. Mira. Son las del diario. (*Román se acerca discreto a la cabeza de Manuel. Luego se encuentran las miradas y Román la esquiva.*) ¿Tú tienes otra? (*Pausa.*) ¿Otra cicatriz aparte de ésta?

ROMÁN: ¿Yo...? Pues... tengo una aquí. (*Se baja el cuello de la camiseta y la muestra.*) Ésta me la hizo una mujer. (*Manuel lo mira sorprendido.*) Y ésta (*se toca la frente*) aquí.

Manuel: (*Observándola de cerca.*) Casi no se nota.

ROMÁN: Ésta me la hice yo mismo. (*Manuel lo mira sorprendido y Román se separa de él.*) Y ésta me la hice con un cuchillo jugando unas apuestas. (*Le muestra su mano. Manuel la observa pero llama su atención la hora que indica el reloj de Román y deja de escucharlo.*) Agarré una gran velocidad pero no supe qué fue lo que me distrajo cuando...

Manuel: (*Enloquecido.*) ¡Las doce!, ¡las doce en punto! No puede ser, en mi reloj son las once. (*Camina desesperado por la habitación.*) A las doce era la llamada. Pero no ha sonado el teléfono, ¿verdad? Ahorita es cuando me tienen que llamar. ¿O ya llamaron? (*Corre a probar el teléfono.*) No ha sonado, no ha sonado, ¿verdad?

- ROMÁN: Hace rato sonó.
- MANUEL: ¿Hace rato?, ¿hace rato llamaron?, ¡y cómo no me lo dijiste! Pero fue antes de las doce. (*Vuelve a ver su reloj y lo compara con el de Román.*) ¿Son las doce? (*Va al teléfono y marca el 03.*) Sí, son las doce en punto. A lo mejor estaba equivocado. ¿Te dijeron algo?
- ROMÁN: Colgaron.
- MANUEL: ¿Colgaron? ¿Contestaste y colgaron?
- ROMÁN: No contesté.
- MANUEL: ¿No contestaste? ¡Imbécil! ¡Cómo es posible que no hayas contestado!
- ROMÁN: No espero ninguna llamada.
- MANUEL: ¡Pero yo sí! (*Transición.*) Si colgaron de seguro que no era para mí. Apenas son las doce y a las doce me iba a llamar.
- ROMÁN: No es necesaria la llamada.
- MANUEL: Mejor cállate.
- ROMÁN: Ya estamos aquí.
- MANUEL: Y lo único que puedo hacer es esperar. (*Coloca la silla al lado del teléfono, se sienta. Se queda quieto y sin habla. Román lo observa sorprendido. Pausa. Román le hace señas. Manuel responde, agresivo.*) ¿Qué quieres?
- ROMÁN: Es que pensé...
- MANUEL: Pues no.
- ROMÁN: Ya me parecía mucho dos ausencias en pocos minutos. (*Pausa. Román está indeciso en volver a su pintura. Después de un tiempo decide dirigirse a Manuel.*) ¿No sería mejor adelantar el trabajo?
- MANUEL: ¿Para qué?
- ROMÁN: ¿Por qué no?
- MANUEL: Primero tengo que esperar la llamada y luego que te vayas. ¿A qué horas desocupas el departamento?
- ROMÁN: En cuanto termine el trabajo.
- MANUEL: A ese cuadro le falta mucho.
- ROMÁN: Ése no, idiota. El otro trabajo.

MANUEL: El otro ni siquiera te va a dar tiempo de empezarlo. Si es como éste, ni caso tiene.

ROMÁN: Tú no eres nadie para opinar sobre mi pintura.

MANUEL: En cuanto te vayas la voy a borrar.

ROMÁN: El que se va a ir es otro. Tú nada más vienes a hacer el negocio y te largas.

MANUEL: El negocio lo hice con la señorita hace unos días y me dijo que para cuando yo llegara el departamento iba a estar vacío.

ROMÁN: (*Levanta la voz.*) Rosy dice puras pendejadas.

MANUEL: Conmigo fue muy amable. Si quieres puedes quedarte otro rato; pero nada más.

ROMÁN: (*Irónico.*) Muchas gracias. ¡Si traes la cinta métrica, vamos al grano!

MANUEL: Y eso qué tiene que ver.

ROMÁN: ¡Es la clave! Si no, ¿para qué traes una cinta métrica?

MANUEL: Voy a medir las ventanas para comprarles cortineros y voy a tomar medidas para amueblar el departamento.

ROMÁN: (*Desconcertado.*) ¿Vas a amueblar el departamento y la cinta métrica es para eso?

MANUEL: Pues sí.

ROMÁN: (*Explota.*) ¿A eso viniste?

MANUEL: ¿Qué suponías?

ROMÁN: Que tú estabas aquí por el trabajo y que era tu primera vez.

MANUEL: Sí es mi primera vez.

ROMÁN: ¿Tu primera vez de qué?

MANUEL: De que rento un departamento.

ROMÁN: ¡No es posible...! Si yo creí que era la primera vez que... Estaba seguro que tú... ¿Y ahora qué voy a hacer?

MANUEL: Puedes quedarte un rato más, tampoco tienes que irte ahora mismo.

ROMÁN: No es eso, es que mañana tengo una cita aquí mismo.

MANUEL: Lo siento, pero mañana no vas a poder estar aquí, yo también tengo una cita. Para eso renté el departamento.

ROMÁN: (*Lo enfrenta furioso.*) ¡Yo soy el que renté este departamento!

Transición.

MANUEL: ¿Tú también?

ROMÁN: Sí.

Manuel: (*Atónito.*) ¿Éste?

ROMÁN: Este mismo.

MANUEL: ¿Y por qué no me lo habías dicho?

ROMÁN: Porque pensé que tú...

MANUEL: Que yo qué.

ROMÁN: Nada.

MANUEL: Que yo qué.

ROMÁN: Que tú... que tú eras... eras un amigo de un amigo.

MANUEL: ¿Con llaves?

ROMÁN: ¿Por qué no?

MANUEL: ¿Quién creíste que era?

ROMÁN: El amigo de un amigo. ¿Quién te rentó el departamento?

MANUEL: Lo vi anunciado en el periódico.

ROMÁN: ¿Quién te lo rentó?

MANUEL: La señorita que te digo... la compañía. ¿Y a ti?

ROMÁN: ¿A mí? A mí nadie. (*Se corrige.*) A mí también.

Pausa larga.

MANUEL: ¡Tengo el contrato!

ROMÁN: No puedes tener un contrato. Todo estaba arreglado y sin ningún error.

MANUEL: ¿Tú lo tienes?

ROMÁN: Claro que sí.

Román busca entre los papeles que tiene en la mesa. Manuel busca en su portafolios. Comparan sus contratos. Leen a la vez uno y otro comprobando que son iguales.

MANUEL Y ROMÁN: (*Leen.*) Contrato de arrendamiento que celebran por una parte como arrendatario el señor Leopoldo Ortiz Macías... Ortiz Macías y por la otra como arrendador... (*Se miran.*)

ROMÁN: (*Leyendo el contrato de Manuel.*) ¿El señor José Manuel García Ruiz?

Manuel asiente con la cabeza.

Manuel: (*Leyendo en el contrato de Román.*) ¿El señor Roberto Mercado Sánchez?
(*Lo interroga con la mirada.*)

ROMÁN: Es mi primo, él fue el que consiguió al fiador.

MANUEL Y ROMÁN: (*Siguen leyendo de reojo.*) Inventario... vidrios completos... completos... cláusulas... habitación... el arrendatario se obliga a... capítulo V del Código Civil... (*Voltean la hoja.*) Mmm... firma aquí, firma aquí... firma aquí... México, D.F., a 17 de octubre de 1993. (*Respiran para decir al mismo tiempo.*) ¡Igualitos! (*Cruzan las miradas y exclaman al unísono.*) ¡Idénticos!

Los dos caen en las sillas al mismo tiempo. Avientan el contrato al aire. Pausa. Román se pasea abstraído por la habitación.

ROMÁN: ¿Qué horas son?

MANUEL: Las doce y diez. ¡Las doce y diez y no ha llamado!

Manuel se levanta de un salto.

ROMÁN: Todavía tengo tiempo para pensar. Tiempo para acabar mi pintura.

ROMÁN y MANUEL caminan por la habitación como leones enjaulados. Murmuran simultáneamente. No siempre se entiende lo que dicen. Ellos mismos no se oyen.

ROMÁN: De aquí a las cuatro arreglo ese pinche rojo. O lo borro, o le meto café. Entonces, de las doce a las dos arreglo el rojo. De las dos a las cinco hago una veladura más. De las cinco a las ocho me dedico a las esquinas. ¿Y si la veladura no me sale bien? De las cinco a las diez o a las doce hago la veladura. Hasta la una lo observo y... *(Reacciona.)* ¡Pero qué estoy diciendo! Esto no se puede calcular. O me sale o no me sale. Necesito tiempo de concentración y desconcentración... Si arreglara el negocio de mañana de una vez por todas... *(Levanta la voz.)* ¿Por qué no eres tú al que espero, cabrón?

MANUEL: *(Contesta en medio de su discurso.)* ¿Eh?

ROMÁN: Nada. Nada. Y este cabrón con sus alucines de ausencias... Qué tal que sin darme cuenta acabo la pintura.... Hasta mañana viene el otro cabrón y punto final al negocio... cerdo el otro cabrón... cerdo yo metido en estas cerdeces...

MANUEL: Las doce y diez... diez minutos de retraso. ¿Ya habrá salido? Pero si quedamos que a las doce llamaba. Lo dijo clarito por teléfono. ¿Y si era a las dos? No, a las doce, antes de salir para que llegara mañana al mediodía. Veinte horas de camino. ¿Le habrá dado otra vez su ataque de desconfianza? ¿Y si se arrepintió en el último momento? Pero si llevamos planeándolo desde principios de año. Ayer la oí entusiasmada... Si no es aquí, no tiene forma de localizarme. Y para colmo no puedo hablarle a su casa. *(Levanta la voz.)* ¡La descubrió!

ROMÁN: ¿Eh?

Manuel: *(Le hace una seña obscena.)* Si la descubre la mata. ¿Se habrá arrepentido en el último momento? ¿Y si él fue el que llamó antes de que yo llegara...? ¡Por qué no contestó, caray! Y yo aquí metido con este mequetrefe quezque pintor. *(Se acerca a la pintura.)* Y él sufriendo por un rayón. ¡Qué absurdo!

(Se da cuenta de que está pintada sobre la pared y de que no hay ningún papel detrás.) ¡Pero éste qué se cree!

Manuel toma el pincel con pintura blanca y empieza a pintar de blanco alguna esquina del cuadro. Román se da cuenta y corre a impedirselo. Luchan.

ROMÁN: ¡Cabrón, cabrón y mil veces cabrón!

MANUEL: ¡Cómo es posible que estés pintando sobre la pared!

ROMÁN: Yo renté este departamento.

MANUEL: Yo renté este departamento.

ROMÁN: Yo llegué antes.

MANUEL: Y qué.

ROMÁN: Estás echando a perder mi pintura, imbécil.

MANUEL: Hubieras pintado sobre papel.

ROMÁN: ¿Por qué?

Román logra quitarle el pincel. Pausa.

MANUEL: Las paredes son blancas para que se queden blancas.

ROMÁN: Las paredes son blancas para pintarlas. *(Observa detenidamente el blanco en su pintura.)* No quería poner el blanco porque no está en la naturaleza, no es un color.

MANUEL: Me importa muy poco si es un color o no; yo le pedí a la señorita que pintaran el departamento de blanco porque quería empezar de cero, de nada. Y vienes tú y violas las paredes, ¡porque esto es una violación!

ROMÁN: *(Se ríe.)* ¡Una violación...! A ver, dime, ¿qué no es una violación? A todo se le pone firma. *(Pausa. Román extiende el blanco con su dedo y lo observa.)* Hasta eso este blanco se ve bien. ¡Se queda! Te voy a dar crédito, no te preocupes.

MANUEL: La voy a borrar, Romano. Desde el principio pensé en un blanco total. ¿Por qué crees que las novias se visten de blanco? Para que se note que están intactas, como nuevas. Yo quiero que ella sienta eso cuando llegue al departamento; y ya luego, entre los dos, hacemos lo que queramos con las paredes.

ROMÁN: (*Irónico.*) ¿Vienes a vivir con ella? (*Manuel no contesta.*) Si así lo quieres ver, entonces yo ya me casé, ya la violé y la dejé toda embadurnada de colores. Por eso pinto, para dejar huella.

MANUEL: ¿Huella en una pared que a nadie le importa?

ROMÁN: Lo que importa es pintarla. No, no, no; lo que me importa es terminarla. Sentir que la tengo mientras la hago; y después, ¡fum!, deja de ser mía.

MANUEL: No seas mamón. (*Automáticamente Román se dispone a continuar trabajando el blanco de su cuadro.*) Para qué te esfuerzas si lo voy a borrar.

ROMÁN: Mientras nos pongamos de acuerdo no puedes borrar mi pintura. Las paredes son de los dos.

Manuel: (*Molesto.*) No son de los dos. Son mías, ¿entiendes? Y mañana no sólo van a ser mías. (Mira el reloj ansioso.)

ROMÁN: (*Reacciona.*) ¡Tú no puedes quedarte hasta mañana! Hoy mismo tenemos que llegar a un arreglo. Te propongo dejarte el departamento a partir de mañana... en la tarde.

MANUEL: ¡¿En la tarde?! Imbécil, yo lo necesito desde hoy. Puedo ofrecerte dinero.

ROMÁN: Acepto tu dinero después de mañana.

MANUEL: ¡Yo de aquí no me muevo!

ROMÁN: Te conviene mi propuesta; a partir de mañana te regalo el departamento.

MANUEL: Tú no me estás regalando nada, ¿eh? Y eso que te quede bien claro. (*Va al teléfono y lo prueba varias veces. Cuelga.*)

ROMÁN: No tengo prisa para llegar a un arreglo.

MANUEL: Pues tus arreglos no me gustan. Quieres que desaparezca mañana y asunto arreglado. ¿Qué vas a hacer mañana, eh?

ROMÁN: Nada que te importe.

MANUEL: Pues a ti parece que te importa mucho.

- ROMÁN: Me vale madres, pero necesito el departamento mañana.
- MANUEL: Pues yo también. (*Desesperado.*) Lo necesito desde hoy. Estoy esperando una llamada y es de vida o muerte.
- ROMÁN: (*Ríe irónico.*) ¿Mueres de amor?
- Manuel: (*Camina viendo constantemente el reloj y lucha por no verlo.*) ¡Por qué todo me tiene que salir mal, carajo! (*De un manotazo tira lo que hay en la mesa.*) Checar.

Román toma violentamente de los hombros a Manuel y lo sienta en la silla.

- ROMÁN: Estate quieto, cabrón. (*Manuel apoya los codos en la mesa y agacha la cabeza. Román vuelve a colocar las cosas sobre la mesa.*) Para conservar la calma, yo medito. Si quieres puedo enseñarte unas respiraciones para que te tranquilices; se aprenden rápido. Es el inicio de la meditación.
- MANUEL: No medito.
- ROMÁN: Se nota, pero la meditación te ayuda a llegar al objetivo creativo o a lo que tú quieras. ¿Te digo cómo?
- MANUEL: No arregla mis problemas.
- ROMÁN: Yo pinto más tranquilo.
- MANUEL: Es una moda.
- ROMÁN: Tienes que controlar tus impulsos.
- MANUEL: Se nota que no estás enamorado.
- ROMÁN: Pero mira cómo estás.
- MANUEL: Al final de cuentas me gusta sentirme así. Todo es más emocionante.
- ROMÁN: La meditación es la solución.
- MANUEL: Bonito slogan, pero yo utilizo otras técnicas. (*Saca una cajetilla de cigarros, enciende uno y le ofrece.*)
- ROMÁN: No fumo. (*Molesto, regresa a su trabajo con el blanco. Manuel fuma.*) ¿Quieres dejar de fumar? El humo me molesta.
- MANUEL: Ahí está la ventana.
- ROMÁN: No soporto el olor. Apágalo.

MANUEL: Estoy en mi departamento.

ROMÁN: Estamos en nuestro departamento. (*Manuel fuma. Román va a abrir la ventana y regresa a su trabajo.*) Por lo menos échalo por la ventana.

Manuel va a asomarse a la ventana para seguir fumando. Como está en un séptimo piso mira hacia abajo. Repentinamente apaga su cigarro y decide hablar por teléfono.

MANUEL: Aunque no venga, yo voy a arreglarlo con la señorita.

Manuel no sabe qué número marcar. Abre su portafolios y busca en su interior. Poco poco se va desesperando. Saca y mete cosas. Algunas las pone y las quita de la mesa. Saca papeles, revistas de decoración, tijeras, un muestrario de alfombras, un muestrario de pinturas, Resistol, Diurex, etc. Mientras, hablan:

ROMÁN: Ah, ella no va a poder arreglar nada.

Manuel: (*Saca un papel de la bolsa de su saco, marca un número y cuelga.*) Está ocupado.

Manuel se pasea por la habitación. Cada vez que se acerca a la puerta Román se pone nervioso.

ROMÁN: Deja de dar vueltas que me mareas. (*Manuel recorre con su dedo las paredes hasta detenerse en la manija de la cocina. La mueve ligeramente y Román contiene la carrera y se acerca a él. Lo empuja.*) Habla por teléfono de una vez porque ya estoy cansado de estarte aguantando.

Manuel se suelta, extrañado, y va al teléfono.

MANUEL: ¿Y tú crees que yo no? (*Román toma un cigarro de la cajetilla de Manuel y se recarga en la puerta de la cocina. Ahí fuma.*) Mejor medita, ¿no que es una técnica eficaz? Buenos días... tardes...

ROMÁN: Para que yo pueda meditar tienes que callarte.

MANUEL: Tápatelo los... Disculpe, ¿me podría comunicar con la señorita... con la señorita...? (*Hace señas a Román. Tapa la bocina.*) Romano, con la señorita ¿qué? (*Román hace señas de que él tampoco sabe.*) Es la señorita que se encarga de la firma de contratos de arrendamiento... sí... sí...

ROMÁN: Rosy.

MANUEL: La señorita Rosy... ¿perdón?... la que firma los contra... Rosy... Rosy, ¿no?

ROMÁN: Rosita.

MANUEL: Sí, en el tercer piso... una señorita de baja estatura, muy delgada y de pelo castaño... (*Mirando a Román.*) ¿Josefina? (*Román sonríe y Manuel le hace una seña obscena.*) Josefina, exacto, ¿a qué horas la podría encontrar...? ¿Tiene de casualidad el teléfono de su casa? Es urgente... disculpe... entiendo... no quise... comprendo. Está bien... hasta luego. (*Cuelga el teléfono.*) Se llama Josefina, no Rosy.

ROMÁN: Yo le digo Rosy.

MANUEL: Tenemos que arreglarlo de alguna manera.

ROMÁN: Sólo tienes que aceptar dejarme el departamento el día de mañana.

Manuel: (*Explota.*) Por qué ese afán de creer que a ti te corresponde quedarte. No me voy a ir y punto. Yo también necesito el departamento para mañana. (*Pausa.*) Mañana tengo una cita de vida o muerte.

ROMÁN: Cómo te gusta creer que es de vida o muerte. ¿Te crees muy importante?

MANUEL: (*Íntimo.*) Es una cita de amor.

ROMÁN: El amor no es de vida o muerte, hermano.

MANUEL: En mi caso, sí. Te voy a decir la verdad para que me entiendas. (*Pausa. Sincero.*) Nunca había encontrado a una mujer que no le asustaran mis ausencias. Todas me han dejado por eso. En cambio ella, cada vez que me da la ausencia, se pone enfrente de mí hasta que me pasa. ¿Tú sabes lo que es regresar y ver dos ojos mirándome con todo el amor del mundo? Cuando

estamos juntos para mí no existe la angustia... Y en la cama, no sabes cómo es en la cama. Yo me hincho hasta explotar cada vez que me toca. Subo al cielo y bajo.

ROMÁN: Si todo es tan maravilloso como dices, ¿por qué no te ha llamado?

MANUEL: Tiene un problema... Cómo te diré... (*Duda y se decide.*) Lo que pasa es que vive con otra persona y muchas veces se le complica.

ROMÁN: Estás frito, hermano.

MANUEL: Estaba. Después de tres años logré conseguir un trabajo seguro y este departamento. Ella viene en camino para quedarse conmigo de una vez por todas. Ésa era su condición para dejar todo.

ROMÁN: ¿Todo? ¿Todo, todo?

MANUEL: Por decir.

ROMÁN: ¿Y tanto trabajo te costó cumplirle?

MANUEL: (*Rompe la intimidad.*) Te estoy contando todo esto para que te des cuenta por qué necesito tanto el departamento.

ROMÁN: Lo que no entiendo es tu obsesión. Las mujeres no tocan el alma, hermano; por si lo sabías. Sólo con la pintura puedes tener una relación realmente espiritual.

MANUEL: Con ella sí. Lo que pasa es que no has estado enamorado.

ROMÁN: Alguna vez, pero tuve que escoger; y aquí me tienes.

MANUEL: Solo. Monologando. Viéndote al espejo.

ROMÁN: Lo que pinto no es un espejo, es lo que no conozco de mí.

MANUEL: Y no te habla ni se pelea ni te dice te amo.

ROMÁN: ¿Que no me habla? Tú qué sabes.

MANUEL: Si conocieras a Carmen no necesitarías pintar.

ROMÁN: Qué cursi eres, de verdad.

Vuelve a su pintura impulsivamente, pero algo le impide pintar. Manuel va a asomarse a la ventana. Román se sienta en la silla a limpiar sus pinceles y Manuel deambula por la habitación jugando con la cinta métrica. Cada vez

que pasa por la puerta de la cocina Román se pone nervioso. Manuel se da cuenta pero aparenta que no. Juega a poner nervioso a Román.

ROMÁN: ¿Te quieres sentar, por favor?

MANUEL: Ya es casi la una y no ha llamado. La mala suerte me persigue... Es una mala racha. ¿Qué tendré yo para que todo me salga mal?

ROMÁN: Son las mujeres, hermano.

MANUEL: Cuando me le declaré le compré un regalo y se me rompió en la escalera. Y la primera vez que fuimos al cine, un imbécil chocó el coche; nos pasamos la tarde entera en la desgraciada delegación.

ROMÁN: *(Irónico.)* Qué emocionante.

MANUEL: Para ella sí. Pero lo peor fue cuando en el restaurante me levanté al baño y le tiré el vino en su falda.

ROMÁN: Cómo te gusta hacer el ridículo.

MANUEL: A ella se le hace divertido.

ROMÁN: ¿A poco también está enamorada de ti?

MANUEL: Pues claro, por qué crees que viene mañana. Aunque ella no se pone tan nerviosa como yo.

ROMÁN: ¿Entonces para qué estás con ella?

MANUEL: Porque me gusta.

ROMÁN: ¿Qué te gusta?

MANUEL: Ponerme así de nervioso.

Román corta la conversación y empieza a pintar su cuadro con tranquilidad. Explota el blanco y atiende lo que hace Manuel.

ROMÁN: El blanco es una buena idea. Gracias hermano, ya me desatoré.

Manuel saca de su portafolios una libreta, un lápiz y una calculadora. Empieza a medir las ventanas y los muebles imaginarios. Apunta en la libreta y de vez en cuando usa la calculadora. Mientras, hablan.

- ROMÁN: ¿Vas a empezar a organizar el departamento?
- MANUEL: Sí.
- ROMÁN: ¿Para qué?
- MANUEL: Voy a ir adelantando trabajo.
- ROMÁN: ¿Para qué?
- MANUEL: Mientras esperamos a la señorita.
- ROMÁN: Sueñas.
- MANUEL: Ya se habrá dado cuenta de la equivocación.
- ROMÁN: Ella todo lo hace mal, ¿no ves?
- MANUEL: Esto es problema de la compañía.
- ROMÁN: *(Al ver que Manuel mide en la pared.)* ¿No que no te gustaban los cuadros?
- MANUEL: No voy a poner cuadros.
- ROMÁN: ¿Entonces?
- MANUEL: Aquí quiero conseguir un sillón no muy grande, como de dos plazas. Tendría que ponerle al lado unas mesitas. *(Mide en el suelo dos mesas imaginarias, al lado del sillón imaginario. Apunta en la libreta.)* O tal vez sólo una al centro. *(La mide y anota.)*
- ROMÁN: Se verían mejor las dos chiquitas.
- MANUEL: Sí, ¿verdad? *(Tacha en su libreta.)*
- ROMÁN: Mejor ahí un librero.
- MANUEL: Taparía la ventana.
- ROMÁN: Un librero mandado a hacer especialmente para el lugar. La ventana quedaría como si fuera un cuadro.
- MANUEL: ¡No me gustan los cuadros!
- ROMÁN: ¿Ahí qué vas a poner?
- MANUEL: La mesa.
- ROMÁN: ¿Pegada a la pared?
- MANUEL: No necesitamos todos los lados de la mesa. Si tenemos invitados, que se sienten en la sala. La quiero más o menos de esta medida; ni muy chica ni muy grande.

ROMÁN: (*Está en la mesa.*) Como ésta.

Mientras Román pinta, Manuel saca de su portafolios objetos para preparar la mesa de la cena. Coloca un mantel blanco en la mesa, dos platos, dos servilletas, dos cubiertos y un florero donde coloca una rosa. Saca también algunos ingredientes para preparar la cena. Vigilando a Román, abre silenciosamente (no sin luchar antes) la puerta de la cocina. Entra.

MANUEL: (*Desde adentro.*) ¡Pero mira nada más!

ROMÁN: (*Corre desesperado a la cocina.*) ¡Cómo abriste la puerta!

Hablan adentro de la cocina.

MANUEL: La desatoré.

ROMÁN: ¡Déjalas!

MANUEL: ¿Qué te pasa?

ROMÁN: Sal de aquí.

MANUEL: No me jales.

ROMÁN: ¡Déjalas!

Román aparece en la habitación empujando a Manuel.

MANUEL: Ya, no es para tanto.

ROMÁN: (*Lucha con la puerta intentando cerrarla con seguro.*) ¡A qué tenías que ir a la cocina!

MANUEL: Quería ver. Iba a medir la ventana para los cortineros. Cálmate, ni que me importaran tanto. Yo creí que era algo más.

ROMÁN: (*Fuera de sí pateo la puerta.*) Pinche departamento descompuesto. Dame un cigarro.

MANUEL: Siéntate.

ROMÁN: Dame un cigarro.
 MANUEL: Utiliza tu meditación, Román.
 ROMÁN: Dame un cigarro.

Manuel intenta inútilmente encenderle el cigarro a Román. Impulsivamente Román trata de ahorcarlo. Se esfuerza. Tiempo después, desiste.

ROMÁN: No quise hacerlo, de veras, estoy como loco.

Manuel le avienta la cajetilla y Román fuma. Camina rápidamente por la habitación y Manuel lo persigue insistiendo en las preguntas.

MANUEL: ¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así? ¿Para qué las quieres? Ni que fuera tan grave.
 ROMÁN: Sí es grave.
 MANUEL: ¿Sí es grave?
 ROMÁN: No es grave.

Román detiene la carrera en seco y voltea hacia Manuel, que viene siguiéndolo. Chocan con fuerza cuerpo contra cuerpo. Se quejan. Pausa larga.

MANUEL: ¿Qué te traes? Te quieres quedar en este departamento pero no es por tu pintura, ¿verdad?
 ROMÁN: Mi pintura es lo que más me importa.
 MANUEL: Hoy terminas, ¿y mañana? Tienes una cita. ¿Para qué? ¿Quién va a venir? Tiene que ver con esto, ¿no? ¿En qué estás metido?

Pausa.

ROMÁN: No puedo decírtelo. No puedo hablar.

Manuel se sienta en el suelo y se recarga contra la pared. Observa a Román y fuma. Román deja caer su cuerpo al suelo y se sienta contra la pared. Empieza a hacer respiraciones profundas para relajarse. Pretende meditar. Pausa.

MANUEL: Tienes que darme una explicación. Carmen tiene que saber... ¿Eres o no eres pintor?

ROMÁN: Claro que soy pintor. ¿No ves? Lo que pasa... lo que pasa es que estoy metido en esto por problemas personales.

MANUEL: De dinero, dirás.

ROMÁN: Pues sí. Qué más quisiera yo poder vivir de lo que pinto. Pero no, en el mercado no caben mis cuadros. Ellos compran sin pensar en el arte; por eso no aprecian mi pintura.

MANUEL: Ni yo.

ROMÁN: Tú no conoces lo que pinto; este cuadro no está terminado; todavía le faltan una o dos veladuras más, o qué sé yo. Eres como todos: buscan ver sólo lo que quieren ver. Ésa es tu vulgar primera impresión.

MANUEL: Me estás hablando de tu pintura y no del negocio que te traes.

ROMÁN: Te estoy hablando de mis cuadros y de por qué no se venden. Como tú sabrás, sin dinero no se puede pintar ni hacer nada.

MANUEL: Después de este negocio seguro que vas a tener dinero.

ROMÁN: Sólo por un tiempo. Así son estas cosas, luego ya no puedes salir.

MANUEL: ¿Y tú ya no puedes salir?

ROMÁN: A un amigo mío le pasó eso. Quiso y no pudo. Él fue el que me dijo de este negocio. Era restaurador.

MANUEL: ¿Era?

ROMÁN: Era mi contacto. Él quería salirse de la jugada, y trató, y yo no quise, y ellos tampoco quisieron. Desapareció.

MANUEL: ¿Desapareció?

ROMÁN: Lo desaparecieron.

MANUEL: (*Asustado.*) ¿Lo desaparecieron?

ROMÁN: Un día en vez de llegar él llegaron otros dos.

MANUEL: ¿Contigo, quiénes?

ROMÁN: No te puedo decir.

MANUEL: ¿Y qué pasó?

ROMÁN: No me dijeron nada, sólo me amenazaron. A uno de ellos lo conocía y por él me siento un poco más seguro.

MANUEL: ¿Más seguro de qué?

ROMÁN: (*Silencio.*)

MANUEL: ¿Y el que va a venir a la cita mañana?

ROMÁN: (*Silencio.*)

MANUEL: Tienes que decirle que no venga.

ROMÁN: El que viene mañana no lo conozco, ¿por qué crees que te confundí? La cinta métrica era la confirmación. A estas alturas yo también estoy amarrado. Desconfían de mí aunque dicen que no. Ellos me necesitan y yo a ellos. Les doy miedo. No me conoces en acción.

MANUEL: Entonces lo que te importa es el negocio y no tu pintura. Se te nota en la cara.

ROMÁN: Al revés. Estoy en el negocio porque quiero pintar. Al principio se me fue la inspiración por completo. Uno pinta lo que trae dentro, y si lo que traigo adentro es una mierda corrupta, ¿entonces qué pinto? Me hubiera gustado pintar la intensidad de la vivencia pura, como Van Gogh.

MANUEL: ¿Y eso qué es?

ROMÁN: Su pasión era más fuerte que la mía.

MANUEL: ¿Y dices que yo soy un cursi?

ROMÁN: Las citas en un departamento vacío son más peligrosas. Los demás prefieren los lugares públicos porque aquí no hay manera de escapar. Si te equivocas te matan. Llegan y arrasan cuando se les da la gana.

MANUEL: ¿Por qué estás metido en todo esto?

ROMÁN: No puedo escoger. De todo se vengán. Al contacto anterior lo torturaron porque se había confundido de lugar. A otro le mataron a su hija porque

creyeron que los iba a denunciar. Hay unos que hasta violan, aunque seas hombre.

MANUEL: (*Con miedo.*) ¿Y no te da miedo?

ROMÁN: Sí, y a ti te puede pasar lo mismo. No te conviene estar aquí ni saber demasiado. Por eso quería que llegáramos a un acuerdo sin tener que hablar, pero como abriste la puerta...

MANUEL: Es mi departamento.

ROMÁN: Por eso mejor vete, no sabes lo que te espera.

MANUEL: Yo no tengo la culpa. ¿Por qué a mí?

ROMÁN: Porque estás conmigo.

MANUEL: (*Asustado.*) Quieres asustarme, ¿verdad? (*Silencio.*) Todo esto me lo dices para que me vaya, ¿verdad?

ROMÁN: Sí.

MANUEL: (*Desesperado.*) Es un truco, seguro que es un truco para quedarte con el departamento. Qué bien actúas. Chantajista de mierda.

ROMÁN: Piensa lo que quieras pero te tienes que ir.

MANUEL: Esto lo tramaste para deshacerte de mí. Crees que por ser romántico soy un pendejo.

ROMÁN: Me da lo mismo lo que seas.

MANUEL: No me puedo ir, Román, mi cita de mañana no se puede quedar volando. ¿Sabes lo que pasaría?

ROMÁN: Cuando venga yo le doy tu recado.

MANUEL: Estás loco. Si no me ve aquí va a pensar que es otro de tantos intentos fracasados. Se va y no vuelve. La conozco. Ya nos habíamos separado pero me dio una última oportunidad. Si paso esta prueba, estamos salvados.

ROMÁN: ¿Prueba?

MANUEL: ¡Idiota! ¿No sabes lo que son las pruebas de amor? Todos las ponemos.

ROMÁN: Yo no.

MANUEL: Ella aceptó la prueba y dejó su trabajo, su casa y todo. Yo acepté la prueba y aquí estoy.

ROMÁN: Tus historias sólo las había leído en los libros de amor.

MANUEL: Y tus cuentos los conozco en novelas policiacas.

ROMÁN: No son cuentos. Tienes que irte.

MANUEL: Tienes que irte tú. No puedes estar cuando ella llegue.

ROMÁN: ¿Estás sordo?

Irrracionalmente Manuel empuja a Román intentando sacarlo del departamento. Román se deja un poco y cuando quiere demostrar su fuerza lo hace. Mientras, hablan:

MANUEL: Si tú te vas, asunto arreglado. Si viene tu dichoso contacto, yo no te conozco.

ROMÁN: No me puedo ir.

MANUEL: Claro que te vas a ir.

ROMÁN: ¿No entiendes que tengo que estar aquí hasta mañana?

MANUEL: Tú te vas y te vas.

ROMÁN: *(Lo empuja brutalmente.)* Además tengo que terminar mi cuadro.

Román va a su cuadro y Manuel se dirige al teléfono.

MANUEL: Le voy a hablar a la policía. Que vengan por ti ahora mismo.

ROMÁN: La policía no se mete en estos asuntos.

Manuel está muy inquieto y, mientras habla e intenta marcar un número, se enreda con el cable del teléfono. Román se va acercando a Manuel lentamente.

ROMÁN: Tú no vas a hablarle a nadie. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? Ya entraste y no puedes salir. Estás conmigo. No te van a creer.

MANUEL: ¿Bueno? ¿Bueno? ¿Es el 08?

ROMÁN: *(Cuelga el teléfono violentamente.)* No pensé que llegaríamos hasta aquí, pero ya no puedo arriesgarme.

Forcejean con el teléfono. Tocaban la puerta. Manuel se atora con el cable y cae. Tocaban más fuerte la puerta. Román no sabe si ir a abrir. Los dos se quedan inmóviles.

MANUEL: La policía.

ROMÁN: Pendejo, eso es imposible.

MANUEL: Por lo menos es alguien.

ROMÁN: ¿Sabes lo que te hacen si te encuentran aquí? (*Violentamente impositivo.*)
No abras la puerta.

Manuel se detiene en seco y lo mira.

VOZ DE MUJER: Buenas tardes. Buenas tardes.

ROMÁN Y MANUEL: ¡Es mujer!

MANUEL: ¡Carmen!

ROMÁN: (*Lo sujeta de los hombros.*) Tú a la cocina.

VOZ DE MUJER: Buenas tardes.

MANUEL: ¡Es la señorita Josefina!

ROMÁN: No seas imbécil, Rosy es mi hermana.

MANUEL: ¿Tu hermana?

ROMÁN: Mi hermanita linda que todo lo hace mal.

MANUEL: ¿Josefina es tu hermana Rosy?

ROMÁN: Tengo que abrir. ¡Un momentito! A lo mejor adelantaron la cita o se complicaron las cosas.

MANUEL: (*Preocupado.*) ¿Y eso qué significa?

ROMÁN: Si no te escondes te llevo entre las patas, hermano. ¡Un momentito, que no encuentre la llave!

MANUEL: ¿Qué me pueden hacer?

ROMÁN: Cualquier cosa.

MANUEL: ¿Por qué a mí?

- ROMÁN: A ellos les vale madres. Si te ven aquí te matan, carajo.
- MANUEL: (*Tartamudea.*) Pe-pero mañana te-tengo mi cita.
- ROMÁN: De eso hablamos después. (*Manuel entra a la cocina y Román la intenta cerrar con llave.*) ¡Ya voy, ya voy, un segundo!

Con una llave, Román abre la puerta de entrada.

- MUJER: Buenos días, tardes, disculpe usted.
- ROMÁN: (*Se desconcierta y luego respira aliviado.*) No, gracias.
- MUJER: ¿Le interesa la cultura, el conocimiento general del universo?
- ROMÁN: (*Agotado, trata de cerrar la puerta.*) Perdone.

La Mujer logra entrar y le entrega un folleto. Román lo revisa desconcertado.

- MUJER: A todos nos interesa nuestro alrededor; desde el ciclo vital de las criptógamas hasta el nacimiento y conformación de la vía láctea. Todo, todo lo que es necesario saber para poder llevar una conversación correcta, la información esencial condensada en unos cuantos tomos. (*Le va entregando a Román diferentes tipos de piedras mientras explica. A Román le llaman la atención y las sopesa una a una, las dirige, las examina. Poco a poco Román se va riendo frente a lo ridículo de la situación.*) ¿Qué le parece esta roca? Interesante, ¿verdad? En el tercer tomo puede encontrar una información completa sobre geología y mineralogía. La roca que usted tiene en las manos se encuentra dentro de la clasificación de rocas granosas. Contrariamente a lo que su dureza pudiera hacer creer, el granito se altera con facilidad; es fácilmente destruible por los agentes atmosféricos. ¿Y ésta qué le parece? Es una roca caliza, y ésta es una roca vítrea, y ésta una roca comprimida originada por la acción de presiones considerables en la corteza terrestre.

- ROMÁN: (*Se las regresa.*) No me interesan.

MUJER: No se sienta incómodo con usted mismo, conviértase en un hombre seguro, firme, audaz al hablar.

ROMÁN: Lo soy.

MUJER: Todos necesitamos el sentimiento de grandeza en esta ciudad que nos hace como hormigas.

ROMÁN: Lo somos.

MUJER: Rebélese contra esa idea, adquiera datos que lo harán crecer. Ya no se sentirá insignificante porque tendrá en su cabeza grandes cosas.

ROMÁN: Las tengo, por si no lo sabía.

MUJER: Nunca es suficiente. *(Igual que con las rocas le va dando pequeñas esculturas geométricas.)* ¿Sabía que estas formas insólitas y estos volúmenes de peregrina silueta constituyen un intento de representar en el espacio operaciones o leyes matemáticas abstractas o movimientos en el transcurso de su realización? Esta estructura en forma de panal representa la célebre ley de Gauss, y esta superficie ilustra las construcciones de curvas relativas a la repartición del espacio. Y estas figuras muestran dos de las secciones posibles de ecuaciones de tercer grado. En el tercer tomo sobre geometría tendrá muchos más ejemplos de los que yo le he mostrado.

Román, que había estado abstraído observando de cerca las esculturas, reacciona y se las devuelve a la Mujer.

ROMÁN: No le compro sus enciclopedias de mierda...

Román empieza a empujar suavemente a la Mujer. Ella lo evita. Su violencia va en aumento. Mientras, hablan:

MUJER: Entérese de los grandes secretos que...

ROMÁN: No me interesan en absoluto sus secretos.

MUJER: Se llega a una edad que no nos interesa nada, pero no piense sólo en usted, piense en sus hijos, su esposa, su familia.

ROMÁN: No los tengo.

MUJER: Los tendrá, se lo aseguro; todos los tendremos, es la ley de la naturaleza.

Román logra empujar a la Mujer y zafar el palo. Cierra la puerta y se recarga en ella.

ROMÁN: ¡Qué ley de la naturaleza ni qué su chingada madre! *(Respira aliviado un tiempo. Cierra la puerta con llave. Va a la cocina y desaparece. Grita desde dentro.)* ¡Pero qué estás haciendo, pendejo!

VOZ DE MANUEL: Tengo que borrar evidencias. Que no haya nada que diga que estuviste aquí.

VOZ DE ROMÁN: ¡Estás orate!

VOZ DE MANUEL: Si fuera droga entendería todo. ¿Pero estas pendejadas?

VOZ DE ROMÁN: No sabes lo que cuestan.

Logra verse muy poco de la lucha; sólo lo que aparece en el marco de la puerta: un brazo, una pierna, Román intenta ahorcar a Manuel, una mano que sostiene algo que no se alcanza a distinguir, otra mano que hace lo mismo, Manuel cubriéndose la cara, etc. Como si fueran fotografías aparecen y desaparecen. Suena el teléfono.

VOZ DE ROMÁN: ¡Y ahora quién carajos es!

Román se detiene en seco. Asoman al mismo tiempo la cabeza. Se miran.

MANUEL: ¡Carmen!

ROMÁN: *(Impositivo.)* No contestes.

MANUEL: *(Corre al teléfono.)* A lo mejor tiene problemas.

ROMÁN: *(Corre y le gana el teléfono. Escucha.)* Ajá...

MANUEL: *(Pelea el teléfono.)* ¿Quién es?

ROMÁN: *(A Manuel.)* Un hombre. *(Al teléfono.)* Ajá...

MANUEL: (*Se retira atemorizado.*) ¡Es él!

ROMÁN: (*Nervioso.*) Te juro que era una vendedora. (*Manuel ronda a Román.*)
¿Cómo se enteraron?

MANUEL: ¿Quiénes?

ROMÁN: ¿Por qué me están vigilando?

MANUEL: ¿Nos están vigilando?

ROMÁN: Yo qué sé, ni lo conozco.

MANUEL: A mí ni me menciones.

ROMÁN: (*Tapa la bocina.*) Te vieron por la ventana, pendejo. (*Manuel se aleja.*) Si
tenemos que desaparecer, desaparecemos.

MANUEL: ¡Estás loco!

ROMÁN: Ni rastro. De eso me encargo yo... Gracias por el pitazo. (*Cuelga el
teléfono.*)

El nerviosismo de los dos ha ido en aumento.

MANUEL: (*Histérico.*) ¿Por qué yo? Román, ¿por qué yo? (*Román se golpea la cabeza
contra la pared. Manuel tiembla.*) ¿Qué nos va a pasar, Román, qué nos
van a hacer? (*Reacciona y Román se arrepiente de su violencia.*) Nunca
creí que una cachetada la espantara.

ROMÁN: Tenemos que irnos, hermano, tenemos que irnos.

MANUEL: ¿Qué te dijo?

ROMÁN: Creen que les estoy preparando un cuatro. Te vieron a ti, luego vieron a esa
vendedora pendeja con un portafolios que les pareció sospechoso. Mi cuate
nos salvó la vida; por ahorita.

MANUEL: (*Muy nervioso.*) Es otro de tus trucos.

ROMÁN: Si sigues así te aviento por la ventana.

MANUEL: Ella llega mañana.

ROMÁN: Tienes que avisarle. No puede venir.

MANUEL: Si la espero en la estación y le cuento todo, no me va a creer. Seguro que compra el boleto de regreso y ahí se acabó la historia. ¡Tengo que esperarla aquí!

ROMÁN: Recogemos todo y nos vamos.

Manuel: (*Angustiado.*) La verdad es que... la verdad es que tengo miedo, Romano. ¿Qué nos pueden hacer?

ROMÁN: ¿Y tú crees que yo estoy muy feliz? (*Coge una maleta que está en el baño y la pone encima de la mesa para empezar a guardar cosas.*) Ve a la cocina y te traes todo lo que hay allá. Lo poco que dejaste.

Manuel está deshecho. Román activamente nervioso. Mientras Manuel guarda todo lo que hay en la cocina y recoge la mesa, Román guarda objetos de la habitación. Después de un tiempo se detiene y mira su pintura a la distancia. Lentamente se acerca a ella. La observa. Manuel se da cuenta.

MANUEL: La tienes que borrar.

ROMÁN: Todavía no la termino. (*Impulsivo.*) Que chinguen a su madre todos.

Román pinta el cuadro compulsivamente, después de un tiempo se detiene. Lloro frente a él.

MANUEL: Hay que irnos. ¿Ya se te olvidaron las amenazas?

ROMÁN: (*Furioso va hacia Manuel con un bote de pintura blanca y lo presiona.*) Entonces hazlo tú, ándale, bórrala, cabrón, bórrala.

Manuel: (*Trata de zafarse.*) ¿Por qué quieres echarme la culpa a mí, eh? Son ellos, Romano, son ellos.

Román se acerca a su pintura y echa la pintura blanca procurando tapar todos los trazos.

ROMÁN: Nos llevó la chingada.

Román sale con una maleta y Manuel toma su portafolios. El departamento está recogido y todas las paredes blancas.

Manuel: *(Antes de salir.)* Y pensar que pudimos.

Román jala a Manuel. Salen. La habitación queda vacía.

Oscuro final.

HABITACIÓN EN BLANCO

Estela Leñero Franco

Habitación en blanco se estrenó en el Foro Sor Juana Inés de la Cruz de la UNAM en septiembre de 1994, con el siguiente reparto:

ROMÁN: José Carlos Rodríguez

MANUEL: Luis Mario Moncada

MUJER: Lisa Owen

Diseño de iluminación

y escenografía: Gabriel Pascal

MUSICALIZACIÓN: David Espinosa

COREOGRAFÍA: Marco Antonio Silva

PRODUCCIÓN EJECUTIVA: Arturo Larios

ASISTENTE DE DIRECCIÓN: Lisa Owen

ASISTENTE DE ESCENOGRAFÍA,

vestuario e iluminación: Verónica Baena

ASESORÍA PICTÓRICA: Sergio Ruiz

Dirección: Mario Espinosa

